

Acerca de un caso de epilepsia (Caso Emil)

About a case of epilepsy (Emil's Case)

Por Darío Charaf

RESUMEN

En el presente trabajo nos proponemos dar cuenta del recorrido de un tratamiento psicoanalítico de un caso de epilepsia. Abordaremos las dificultades que presenta el caso, así como las intervenciones del analista y sus efectos. De esta manera, comenzaremos presentando las primeras entrevistas y las primeras intervenciones; luego desplegaremos el caso, dando cuenta de los cambios de posicionamiento subjetivos que se produjeron durante el tratamiento y haciendo hincapié en los efectos de las intervenciones para, finalmente, presentar el fin del tratamiento y una conceptualización posible del mismo.

Palabras clave: Epilepsia - Tratamiento psicoanalítico - Intervenciones

SUMMARY

The current work is proposed to account for the route of a psychoanalytic treatment of a case of epilepsy. We will approach the difficulties that case presents, as well as the analyst's interventions and their effects. Thus, we'll start presenting the first interviews and interventions; then we'll deploy the case, accounting for the positioning subjective changes that occurred during the treatment and emphasizing the effects of the interventions to, finally, present the end of the treatment and a possible conceptualization of it.

Key words: Epilepsy - Psychoanalytic treatment - Interventions

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo se enmarca en la Cátedra II de Psicopatología (Schejtman) de la Facultad de Psicología (UBA) y en el Proyecto UBACyT 2014-2017 “El síntoma, el sentido y lo real en el último período de la enseñanza de Lacan (1971-1981)” (GODOY 2013). En esta ocasión nos proponemos dar cuenta del recorrido de un tratamiento psicoanalítico en un Centro Educativo Terapéutico (CET) al cual asisten jóvenes y adultos con distintas patologías. Abordaremos las dificultades que presenta el caso, así como las intervenciones del analista y sus efectos.

Creemos que este caso puede ilustrar el abordaje específicamente psicoanalítico de un caso de epilepsia, considerando que dicha especificidad reside en una toma de posición ética que supone el alojamiento y despliegue de la *singularidad* del sujeto; ya que, si bien la técnica analítica y sus “reglas” no pueden ser estandarizadas, responden a una perspectiva ética precisa que no puede ser soslayada: nos dirigimos al sujeto en cuanto tal. Intentaremos dar cuenta de los efectos terapéuticos que implica dicha posición.

De esta manera, comenzaremos presentando las primeras entrevistas y las primeras intervenciones; luego desplegaremos el caso, dando cuenta de los cambios de posicionamiento subjetivos que se produjeron durante el tratamiento (que duró tres años) y haciendo hincapié en los efectos de las intervenciones para, finalmente, presentar el fin del tratamiento y una conceptualización posible del mismo.

El buzo de la angustia

El paciente, a quien llamaremos Emil¹, está próximo a cumplir 22 años al momento de su primera entrevista conmigo. Desde hace un año vive en el dispositivo de Hogar del Centro, y asiste durante la jornada al Centro Educativo Terapéutico. Presenta, en su certificado de discapacidad, el diagnóstico *neurológico* de “Epilepsia refractaria” sumado al de “Retraso mental moderado”.

Soy convocado a intervenir en el caso tras el desvinculamiento de la institución de su psicóloga anterior. Se muestra entusiasmado cuando se le ofrece ir al consultorio: dice que le gustan los videojuegos, se levanta de la silla y, visiblemente excitado, muestra movimientos de “patadas y piñas” de los personajes de videojuegos. Al volver a sentarse, se constata cierto temblor en su cuerpo, en especial en las manos. Dice que jugaba a los videojuegos con su hermano (un año menor), a quien ve los fines de semana en salidas de integración familiar tanto a la casa de su padre como de su madre (quienes se encuentran separados).

Inmediatamente pasa a hablar de sus amigos de colegios a los que asistió anteriormente, se muestra orgulloso al recordar sus números de teléfono en sesión, los cuales recita de modo cuasi compulsivo. Mientras recita los números, llega al de Delfina; detengo su repetición insistente de los números de teléfono y le pregunto quién es Delfina; responde “es una chica que me gusta”. Me muestro interesado y le pregunto por esto, Emil agrega “la intenté besar y me corrió la cara, debe ser porque es tímida... cada vez que me acuerdo de ella... *me angustio*”. Señalo, al finalizar

esta primera entrevista, que si él quiere en este espacio podemos hablar de lo que lo angustia; de esta manera, la angustia “por una chica” es recortada como motivo de consulta en su primera entrevista con su nuevo psicólogo.

En estas primeras entrevistas Emil presenta excitación motriz y temblor corporal, su discurso impresiona acelerado, a medida que avanza en su relato éste se torna desorganizado y perseverante, por momentos se dificulta sostener un diálogo. En una ocasión, al ir a buscarlo al CET, dice que se siente mal, que le duele la cabeza (unas horas antes había tenido una convulsión epiléptica). Dice estar muy cansado y pregunta, desdenosamente: “¿Qué querés?”. Le respondo que si él quiere hablar, yo quiero escucharlo. Emil dice que “ayer estaba bien”, que le empezó a doler la cabeza a la mañana.

En la entrevista siguiente encontraré a Emil en su habitación acostado en su cama. Dice que se siente mal, que tuvo fiebre. Relata que los miércoles se pone mal porque extraña a un amigo, y que los viernes (día de sus entrevistas conmigo) se pone mal porque extraña a Delfina, “los viernes me pongo el buzo de la angustia porque extraño a *mi muñeca*” [así llama Emil a Delfina]. Le pregunto qué es el buzo de la angustia, dice “es una manera de decir”; le pregunto “¿el buzo es una manera de decir qué?”, Emil responde “es una manera de decir que estoy angustiado”. Señalo que, en tal caso, se puede ir al psicólogo para ver qué se puede hacer con el buzo de la angustia. Emil dice, bromeando, “¿qué, ya hay que lavarlo?”, estalla en risa y al verme riendo pregun-

ta “fue un buen chiste, ¿no?”.

Tras esta oferta de poner a trabajar su angustia, de la cual el paciente pareció hacer su demanda, el tratamiento se ve interrumpido durante siete meses por motivos “administrativos”. Aun así, las intervenciones de las primeras entrevistas (que apuntaron a alojar la angustia en el dispositivo, como aparente motivo de consulta singular de este sujeto), tendrían sus efectos.

Una “Muñeca” para un “pervertido”

Tras la interrupción, Emil retoma su tratamiento. Dice “yo quería tener psicólogo para *resolver los problemas y los conflictos*”. Le pregunto qué problemas y conflictos le gustaría resolver, relata un “conflicto” con su compañero de cuarto del Hogar: “como yo no veo a mi ‘muñeca’ me molesta que él esté con su novia... los veo juntos y *me angustia*, yo nunca estoy con ‘muñeca’, yo quiero tener una novia”. Como si el tiempo durante la interrupción no hubiera pasado, Emil acepta 7 meses después la invitación de su analista de poner a trabajar su angustia en el dispositivo; o, en sus términos, de “poner a lavar el buzo de la angustia”.

Durante este trabajo, Emil relatará entonces que “los días de llamados” llama a Muñeca, “no me atiende, siempre está ocupada, pero no sé con qué, cuando está ocupada me pongo nervioso, quiero sacarle la ocupación”. Al preguntársele qué sería “sacarle la ocupación”, Emil asocia con un recuerdo: “una vez le di un beso a una nena cuando estaba en otra escuela... soy medio *pervertido*, me gustan las chicas desde los 5 hasta los 30 años, de esa edad son *pasables*”

(aclarará, luego, que “sacarle la ocupación” a Muñeca sería darle el beso que ella se negó a darle). Dirá que lo “expulsaron” de su colegio anterior por besar “a una nena chiquita”, insiste con fijeza en que le gustan las chicas “de cualquier edad *salvo viejas*”, que “me gustan las *nenas chiquitas*” y en que por esto es un “pervertido”, “mi *vieja* me dijo que a los que les gustan las nenas chiquitas son *pervertidos*”.

“Pervertido” funciona, entonces, como un significante con el cual fue nominado por el Otro materno, y que durante esta etapa del tratamiento insistía en su repetición brindándole cierta consistencia de ser: Emil repetía una y otra vez “soy un pervertido”. A su vez, más allá de la “flexibilidad” que parece presentar su curiosa versión de la relación sexual en cuanto al abanico de mujeres “pasables” (así se refería Emil a *todas* las chicas de 5 a 30 años), flexibilidad que parece haberle traído algunas dificultades con el Otro de la ley (la expulsión del colegio anterior), aun así cierto orden de legalidad parece operar, no-todo está permitido, no-todas resultan deseables: *las viejas no*. Excepción que opera como límite fundando el conjunto de las mujeres posibles.

Emil continuará desplegando su “angustia” por Muñeca. Dice temer que se la “roben”, que “no me quiera más”, que “se vaya con otro”. No parece aceptar el “rechazo” de Muñeca cuando se negó a “dar el beso”, rechazo que, en esta etapa del tratamiento, parece denegar con fijeza y firmeza al atribuirle una única causa posible: “*no es que* no le gusto, me dijo que no porque es tímida, porque es *chiquita*, *cuando crezca* me va a de-

cir que sí” (cabe señalar que Delfina era sólo dos años menor que Emil). En esta explicación del rechazo, como desarrollaremos luego, parece fundamentarse su “gusto” por las “nenas chiquitas”.

Asimismo, no parece registrar contradicción entre que “Muñeca nunca me dio bola” y su *temor a perder* algo que, al parecer, nunca tuvo: su “noviazgo” con Muñeca parece reducirse a que “a mí me gusta” y a “pensar” en ella. Así, un “día de llamados” en que no pudo llamar a Muñeca, Emil dirá “*me responde o no*, me atiende o no, *lo importante es llamarla*, sino me angustio”. Dice que, al no haber podido llamarla, “me puse muy triste, me angustié, me pongo el buzo de la angustia, es el que tenía puesto cuando la conocí a ella, me lo pongo para acordarme de ella y que se me pase la angustia”. Señalo que entonces es él quien se pone “el buzo de la angustia” y que él llama a Muñeca aun sabiendo que ella no va a responder a su llamado.

Emil responde relatando un sueño: “Soñé con ‘muñeca’, estábamos en un bar, después nos desnudábamos y a mí se me paró ‘el zocotroco’... cuando no hablás con ella por mucho tiempo *terminás soñando*”.

El sujeto dividido: entre las nenas y Muñeca

Mediante el trabajo con este sueño Emil desplegará sus ideas acerca de la sexualidad: dice que él vio mujeres desnudas en películas, que “yo sé lo que tienen las mujeres abajo”, que a veces se toca “el zocotroco”.

A su vez brinda más detalles acerca del episodio que desembocó en su expul-

sión del colegio: relata que unas semanas antes de éste episodio Delfina lo había “discriminado” (“rechazado” aclarado luego) y que su madre le había “explicado” que Delfina le dijo que no porque era “tímida” y “chiquita”; dice que unas semanas después estaba en la escuela “peleando con una nena chiquita”, que esta nena le dijo “puto” y que él dijo “¿ah sí? ¿quieres ver que no soy puto?” y le dio un beso. Destaca que, a diferencia de la “discriminación” que sufrió con Delfina, “darle un pico” a la nena chiquita “fue muy fácil”.

Al relatar el episodio en sesión, dice tajantemente: “yo no soy puto, no me gustan los tipos, a mí me gustan las mujeres, sean de la edad que sean”. Tras el reciente ingreso al CET de una niña de 8 años, dice “ahora, como ‘muñeca’ no me habla, quiero ver si le puedo dar un beso a otra nena chiquita”. Frente al rechazo del Otro sexo vivido como riesgo de “ser puto”, y tomando el significante “chiquita” de la explicación materna de dicho rechazo, Emil deviene un “pervertido”: abordar a las “nenas chiquitas” le resulta “más fácil” que abordar a las mujeres. Darle un beso a una nena chiquita viene al lugar del beso no dado a Delfina; las nenas chiquitas sustituyen a Delfina, que a partir de allí será nombrada como “Muñeca”:

Nenas chiquitas → Pervertido
Muñeca

Sustitución significativa tomada del discurso del Otro que dará como resultado la representación del sujeto como “pervertido”, que a su vez permite sostener una versión de la relación sexual y el

“enamoramamiento” en su incumplimiento: dice Emil “hasta que ‘muñeca’ no *crezca* y me dé el beso, voy a intentar besar nenas chiquitas”.

El señalamiento de que “tal vez Delfina ya *creció*”, y que tal vez no lo besó no porque fuera “chiquita” sino porque no quiso, no pareciera en un comienzo ser aceptado por Emil. A este señalamiento siguen como efecto una serie de sesiones en las que Emil insistentemente despliega la pregunta de qué es *ser chico* y *ser grande*, pregunta si está asociado a “la altura”, para concluir: “se puede ser chico de edad y alto, o grande y petiso, ¿no?”. No sin sorpresa para su analista, en una ocasión dirá: “es parecido al zocotroco... a veces está petiso y chiquito, a veces está grande y alto”. Como en Juanito (FREUD 1909b), la temática del crecimiento aparece asociada al “zocotroco”.

A su vez, en las sesiones se alternan con insistencia dos temáticas que en principio Emil no parece relacionar entre sí en su discurso: o bien continúa hablando de los llamados sin respuesta a Muñeca, de cómo se angustia al no hablar con ella y al “pensar siempre en ella”; o bien habla de su “plan” y de sus intentos de darle un beso a “la nena chiquita”. Le propongo que es porque no puede estar con Delfina que planea besar a una nena chiquita, y que mientras “siga pensando” y “esperando” a Muñeca y buscando nenas chiquitas no iba a poder tener *una novia*; “¿una nena grande decís vos?”, responde Emil.

Sacarse de encima a las nenas grandes

En efecto, en la entrevista siguiente una

vena grande aparecerá en el discurso de Emil: “todos los días pasan cosas... hoy me tuve que deshacer de María”, una compañera del CET de 28 años que Emil nominaba como “una vena grande”. Continúa Emil: “se me pega y me la tengo que sacar de encima, sino *se me puede dar un piquito*, por eso le tengo que dar un pico a la vena chiquita para sacarme a María de encima, si me acerco mucho puede ser peligroso, como un imán”.

Antes de presentar los posteriores desarrollos que Emil ofreció de estas ideas, subrayemos el equívoco en su relato: “se me puede dar un piquito”, enunciado en voz pasiva y en impersonal, parece dar cuenta de una posición pasiva frente a la mujer o, mejor, frente a los “piquitos”: “un piquito puede ser dado”... pero, a su vez, se le puede “dar” aquello que no se le dio con Delfina, como quien dice, respecto a algo anhelado, “¡se me dio!”. Es decir, si antes parecía angustiarse la *ausencia* de “piquitos”, ahora es su *presencia* lo que parece aterrorizarlo: angustia ante la presencia del objeto, temor de que finalmente... *se le de*.

Presentemos, ahora sí, los desarrollos que siguieron a la idea de besar a una vena para “sacarse de encima” a María: Emil dice querer “darle un pico a una vena chiquita para *no darle a una chica grande y que se enoje Delfina*... cuanto más chiquita de tamaño es más difícil peligrar, *c cuanto más grande más fácil peligrar*, más peligro, *como el imán*: cuanto más grande de tamaño *más atracción*... *pero cuando tengo ganas de hacer pis me siento como un gigante, ahí es más difícil peligrar, pero des-*

pués cuando hago pis y me achico vuelvo a peligrar”.

El analista quedó perplejo... ¿qué estatuto otorgar a los fenómenos relatados por Emil? ¿Se trataba de fenómenos elementales, de ideas delirantes, desencadenadas tras la interpretación del analista? ¿Se correspondían con la “personalidad epiléptica”, caracterizada por la perseverancia, la viscosidad y cierta puerilidad (EY y otros 1994, 305-309)? ¿O, más bien, se trataba de fantasías, de ideas que presentaban el mismo estatuto que las *teorías sexuales infantiles*?

El retorno de Delfina y la caída de Muñeca

Tras esta entrevista, Emil comienza la siguiente relatando sus dificultades para “deshacerse” de María. Dice que espera que María no se le “pegue” en un baile, dado que su madre le había dicho que Delfina asistiría al baile para verlo a él. Tras el baile, Emil se queja de que Delfina no haya concurrido. No acepta la posibilidad de que su madre se haya equivocado o le haya mentado.

En esta etapa del tratamiento no sólo se desplegará de modo novedoso su “angustia” por no ver hacer tanto tiempo a Delfina, sino que a su vez cabe destacar un pequeño viraje discursivo: Emil progresivamente vuelve a llamar a Delfina por su nombre, relegando al signifiante “muñeca” poco a poco en su discurso. Tras una sesión en la cual nuevamente había comenzado quejándose de que “la angustia no se me va a ir más”, Emil afirma: “*no puedo olvidarme de Delfina, este problema lo armé yo, yo tengo que tratar de resolverlo*”. Esbozo,

entonces, de responsabilización en aquello de lo cual se queja. Al devolverle su mensaje señalando sus palabras (“este problema lo armaste vos”) Emil me pregunta si alguna vez esto me pasó a mí y luego comenzará a desplegar una serie de críticas frente a la “dama de sus pensamientos”, que parece empezar a perder la consistencia idealizada del momento anterior (al criticarla, vuelve a nominarla como “muñeca”): “mi mamá me dijo que ‘Muñeca’ es una ingrata... busqué la definición en el diccionario: es una sátira ‘Muñeca’, ¿no? Es desapacible, desagradable”. Dirá que si Delfina sigue sin responder “voy a tener que llamar a otra”.

Ahora bien, no sólo Muñeca comenzará a ser agujereada en su consistencia. La versión que hasta ese momento Emil sostenía del rechazo (“es tímida, chiquita, cuando crezca me va a dar el beso”), comienza a ser puesta en cuestión por el sujeto: “capaz no me llama porque *nunca le pregunté si quería ser mi novia*”. Me muestro sorprendido y le pregunto por esto, Emil dice “en realidad *nunca me animé*... tenía miedo que me diga que no” y pregunta “si no me dio el beso y me corrió la cara, ¿es porque *no quería ser mi novia*?”. El “rechazo” del Otro, que anteriormente resultaba denegado, parece comenzar a ser aceptado por Emil.

Asociará este rechazo con sus convulsiones epilépticas (acompañadas siempre de un desmayo posterior y que, a pesar de la medicación, se producían con una frecuencia de aproximadamente una convulsión cada dos meses); describirá por primera vez las convulsiones, que hasta éste momento no ha-

bían surgido en el dispositivo, en los siguientes términos: “*me pongo nervioso*, me empieza a doler la cabeza y después... ¡pum!, *no me acuerdo de nada*... un médico me dijo que es como si se cortara la luz, como si me desenchufaran”. Asociará una convulsión (acaecida unos días antes de una sesión) con Delfina: “el miércoles estuve muy nervioso, me puse mal... un compañero me cargó con Muñeca, entonces me puse mal y después... ¡pum!”.

A pesar de la determinación *neurológica* de las convulsiones epilépticas (Cf. BREUER y FREUD 1893-95, 253; FREUD 1909a, 211; 1928, 178; 1956, 13; EY y otros 1994; KAPLAN y SADOCK 1996a, 1996b; ROSENSTEIN y THOMSON 2004), el sujeto parece aportarles un sentido (FREUD 1928, 179): frente al rechazo del Otro, se produciría una *caída*, se “corta la luz”, Emil cae, se “desenchufa” y... no se acuerda de nada. Esto mismo parecía determinar también el aumento de sus convulsiones cuando Emil visitaba a su padre o su madre (aunque lo desarrollaremos luego, cabe señalar que las convulsiones eran inmediatamente posteriores a alguna escena en que su madre o su padre lo desalojaban, lo “rechazaban”, diciéndole por ejemplo que no lo soportaban, que lo iban a internar o que no lo iban a visitar más).

De esta manera, en un momento del tratamiento en que Muñeca comenzaba a *caer* del pedestal en el que había sido puesta en su discurso, Emil produce una convulsión seguida de un desmayo, *caída* que por otra parte le permitió al sujeto desplegar por primera vez este *síntoma* en el tratamiento.

Entre las nenas y las mujeres: "una nena grande"

Mientras Muñeca caía de su discurso, Emil retoma el despliegue de sus ideas acerca de besar nenas chiquitas. Afirmo que fue a un baile, que conoció a una chica y que se angustió porque "no me animé a darle el beso"; dice, retomando la intervención de su analista anteriormente destacada: "busco nenas chiquitas porque Delfina no me dio bola". Señalo que en esta ocasión no se trató de que Delfina no le haya dado bola, sino que él no se animó a besar a otra chica. En la entrevista siguiente, Emil se muestra ansioso por concurrir a sesión y se muestra un tanto excitado. Dice que tuvo su "primer beso" (entonces a aquel beso, dado a una "nena chiquita" tras el rechazo de Delfina, Emil no le otorgaba el estatuto de beso propiamente dicho). Relata sus encuentros con María, la "nena grande" que unos meses antes había aparecido en su discurso y de la cual él anteriormente se quería "deshacer". Afirmo que ella lo besó a él, que a él le gustó pero que "como le di tres besos a María le voy a tener que dar tres besos a la nena chiquita, para *sacarme* esos tres besos... porque si no voy a tener problemas con Delfina". Insiste, con perseverancia y fijeza, en la idea de que *debe* darle besos a la nena chiquita para "sacarse de encima" los besos que le dio a María, de lo contrario tendría "problemas" con Delfina. Esta especie de *pensamiento mágico o ritual* (que Emil no llevaba a la práctica) por así decir compensatorio (un beso a una "nena grande" se compensa con un beso a una "nena chiquita") confirma, creemos, la lectura de que las "nenas

chiquitas" funcionaban sosteniendo a la "Muñeca" idealizada, mantenían como incumplido su deseo de tener una novia y, tal vez al modo de la *sexualidad infantil* o de una (per)versión infantil de la sexualidad, eran un modo de no encontrarse con el Otro sexo, en la medida en que los besos a las nenas chiquitas no entraban en el discurso de Emil en la categoría de "besos" propiamente dichos y, por su "facilidad" para ser dados, suponían mantenerse a distancia de la castración.

Por primera vez Emil concurre al tratamiento diciendo "hoy estoy más o menos bien". Habla de sus encuentros con María y los besos que le da, "somos novios" dice, y describe las novedades con las que se encuentra al tener por primera vez una novia. Su plan de besar a una nena chiquita para no tener problemas con Delfina, aunque aparece con menor insistencia, sigue en pie. Los problemas que tendría con Delfina se precisan: "si se entera que estoy con María, no me va a querer más, no va a atender los llamados" (es decir, los "problemas" que Emil ya tenía). Fantasea una escena en que Delfina lo encuentra con María y ellas se pelean por él, "pero si me encuentra con una nena chiquita no tiene por qué enojarse". De esta manera, el plan "pervertido" parece sostener (al mismo tiempo que intenta eliminar) la oposición entre María y Delfina, entre una sexualidad posible y un "amor imposible"; dice Emil "yo la estoy pasando bien con María, pero después pienso en Delfina y me pongo mal... entonces se me ocurre que tengo que besar a la nena chiquita"; Delfina, en este momento, parece funcionar como "perturbadora de los deseos sen-

suales” hacia María.

En efecto, Emil concurre a la siguiente entrevista contando que, tras mucho tiempo sin hacerlo, Delfina atendió uno de sus llamados: “antes no tenía ninguna novia, ahora puedo tener dos novias”. Agrega que “no me le tiré a Delfina” porque soñó con María, “cuando no la conocía a María soñaba mucho con Delfina, ¿por qué es eso? No sé qué me pasa con Delfina, *ya no sueño con ella*, me *cuesta* soñar con ella...”.

A partir de aquí Emil se dedica a llevar cuidadosamente la cuenta de los besos con María (“ya le di catorce besos”), se muestra preocupado por contar cada beso que le da, al mismo tiempo que va estableciendo una serie de encuentros de pendiente creciente con la sexualidad: “primero le tengo que dar veinte picos, después vienen las ‘transadas’, y después el ‘porno’”, dice riendo. El “porno” sería: “vernos desnudos, que yo le muestre el zocotroco y ella me muestre las tetas y la... concha... cojer todavía no, es muy zarpado”. Un tiempo después se “quejará” de que “le di tantos besos a María que *ya no puedo llevar la cuenta... ¿vos te acordás todos los besos que diste?*”. Al señalársele la *imposibilidad* de recordarlo y pensarlo todo y preguntársele para qué habría que llevar la cuenta, Emil se muestra sorprendido y pregunta “ah, ¿no hace falta? Es *mucho trabajo*, me *hace doler la cabeza*”. Palabras que no resultan de poca importancia, si se tiene en cuenta que los dolores de cabeza aparecían como el estadio previo a las convulsiones. Durante su relación con la “nena grande” Delfina prácticamente desaparece de su discurso, retornando sus “ga-

nas de llamarla” en una ocasión en que María se ausentó del CET por vacaciones. Durante la primer semana de ausencia de María Emil tuvo convulsiones; al concurrir el viernes al tratamiento dice “estuve mal porque no vino María, me da miedo que me la saquen y por eso tengo crisis [así llamaba a las convulsiones]... tal vez *los besos pueden calmar el dolor*”. Durante las semanas siguientes no convulsionó.

De un duelo “un poco pervertido”

Luego de algunas semanas de vacaciones de María, durante las cuales Emil se dedicó a un proceso de historización acerca de “todas las chicas que me gustaron”, María retorna con la noticia de que no continuaría asistiendo al Centro. Tras la fiesta de despedida, y luego de increpar a la madre de María por “sacársela”, Emil me dice “ahora seguro que voy a convulsionar”. Le digo que no es tan seguro, dado que parece que él ahora puede anticipar las convulsiones y señalo que se puede estar *triste* sin convulsionar.

En la sesión siguiente Emil dirá que “estoy *triste* porque María se fue, estuve re-mal, tuve una *crisis* pero *no convulsioné*”. En estos tiempos del tratamiento Emil manifestará su “angustia” por la partida de María, recordará a María en el tratamiento, dirá que le molesta ver en la calle “a alguien que se da un piquito” porque se siente “solo”.

Sin embargo, tras unos meses en que se respetó el trabajo del duelo y donde la intervención se limitó a alojar la tristeza que Emil traía al dispositivo, Emil continuará sus elaboraciones en torno a la sexualidad: “ahora que María ya no

está, pienso en ella y se me para el zocotroco... si pienso en cualquier *mujer*, se me para, ¿es común?". El uso del signifiante "mujer" para referirse a los objetos de su deseo pronto daría paso a su opuesto, las "nenas", en estrecha relación con la pérdida de María: "ahora que no la tengo a María quiero hacer de nuevo lo que quería hacer antes de tener a María, darle un pico a una nena chiquita". Dice que "tal vez besando a una nena chiquita me pueda olvidar de María y conseguir *otra nena grande*". Al preguntársele cuál es la relación entre besar a una nena chiquita y conseguir una nena grande, Emil responde "no sé, es algo que yo pienso, que se me ocurrió"; también pregunta "¿y con la 'muñeca' qué pasa? ¿Si se fue María vuelve Delfina?".

A diferencia de la aparente certeza y firmeza anterior, en esta ocasión parecería que en el plan de besar nenas chiquitas (así como de "sustituir" a María mediante el "retorno" a Muñeca) surge cierta dimensión de *duda*, o al menos el despliegue de una *pregunta*; incluso parecen ser ideas que, de un modo similar a Juanito, Emil "se las pensó", y que parecen dejarle un margen de *elección*.

El despliegue de sus fantasías en torno a las nenas chiquitas pareció acompañar el final del duelo por María y funcionar como transición hacia "otra mujer". Dicho despliegue culminará en una sesión en que Emil preguntará "¿soy un abusador si me gustan las nenas chiquitas?, ¿soy un perverso?", modo de enunciación que, por su sólo carácter de *pregunta*, ya supone un cuestionamiento de la consistencia de ser anterior en torno al signifiante "perverso".

Preguntará también "¿por qué *fracaso* con las chicas grandes?".

Se le señala que el recurso a las nenas chiquitas parece ser un modo de respuesta frente a lo que vive como "un fracaso" con las mujeres; Emil responde "no quiero que pasen cosas *distintas* con las chicas, me da miedo que pasen cosas *nuevas*, quiero que todo sea *igual* que con María". Temor a la diferencia, al encuentro con lo Otro, vale decir: a la castración. En esta sesión Emil concluirá: "tal vez sólo soy *un poco* perverso". "Un poco", subrayó el analista antes de finalizar la sesión.

En la sesión siguiente Emil comenzará a hablar de una compañera del CET, Gimena, otra "*chica grande*" (equivoco que el propio paciente no dejó de destacar). Dice que no sabe si le gusta o no, pero que "podría pasar que *por accidente* le dé un beso... nos podríamos cruzar en el pasillo". Al interesarse por una "chica grande" cede en su discurso la temática de las nenas chiquitas: "hasta que no consiga una novia no me voy a poder *sacar de encima a la nena chiquita*... cuando estaba con María no estaba con las nenitas, *yo quiero una novia* y sacarme de encima a las nenitas". El plan de las nenas chiquitas ya no resulta conciliable con el plan de tener una novia, se trata de un "o bien... o bien"; frente a la disyuntiva que plantea la asunción de una posición sexual, el sujeto debe elegir.

Sin embargo, dice Emil, "no sé si le voy a dar un beso a Gimena... la extraño a María, desde que se fue María estoy soltero, me quedé solo, estoy muy angustiado, me voy a quedar *solo* para siempre y *desde siempre*".

Solo frente a un Otro que deja caer

El “solo desde siempre” permitió, tras devolverle al sujeto su propio mensaje, el despliegue de una parte de su historia infantil. Frente a la pregunta de su analista “¿desde siempre estuviste solo?” Emil responde: “¿qué, vos decís cuando era chiquito?” y relata: “cuando estaba en mi casa me aburría, *nadie me daba bola*... por eso me gusta ir a los colegios, no faltaba nunca a la escuela, pase lo que pase yo iba”. Afirma que los padres se peleaban constantemente y que “después se separaron y siguieron peleando” (cabe señalar que, si bien Emil habría presentado según sus padres una convulsión de bebé que dejó como secuela daño neurológico, hasta la separación de sus padres Emil no había vuelto a convulsionar; a partir de allí comienzan las convulsiones).

En efecto, durante un período del tratamiento Emil estuvo un mes sin la medicación para la epilepsia ya que ni su padre ni su madre querían pagar la medicación ni hacer el trámite de reintegro en la obra social; frente a los insistentes llamados desde la institución, los padres se acusaban mutuamente, sin “darle bola” a Emil. En otra ocasión Emil tras una larga serie de convulsiones seguidas de pérdida de la conciencia debió ser internado en la guardia de un hospital en observación acompañado por un enfermero del Centro... ya que su madre afirmó que estaba “ocupada, no me iba tomar un taxi por unas convulsiones”. Es decir, no fue ‘Muñeca’ el primer Otro que *no respondía a los llamados* de Emil dejándolo *caer*. En no pocas ocasiones, a una visita de su ma-

dre seguía una convulsión.

A la par que relataba su historia en su casa y en las otras instituciones a las que asistió (donde Emil parecía encontrar una suerte de suplencia o alojamiento en el Otro), Emil se queja de su padre, de que “llega tarde”, “dice que va a venir y no viene”. Al acercarse las vacaciones, se muestra excitado, “hoy me viene a buscar mi mamá, voy a estar quince días, voy a contar los días que faltan para volver acá”. Al retornar de las vacaciones, su madre relata que Emil tuvo no menos de una convulsión cada dos días (mientras que en el Hogar no convulsionaba hacia más de un mes), “como *siempre*” dice su madre, agregando que no lo llevaron al médico porque “eso es normal, siempre convulsiona, *se cae*, duerme un rato y ya está”. Emil dirá que “por momentos me puse mal”, relata discusiones con su madre tras las cuales convulsionó. Se queja a su vez de que su hermano le pegó una piña y le rompió los anteojos, tras lo cual también convulsionó (y luego pasó varios meses sin anteojos, dado que ni su madre ni su padre querían hacerse cargo del arreglo).

Tal como hemos señalado anteriormente, los momentos en que se producen las convulsiones (más allá de, por así decir, la “aptitud” neurológica para las mismas -FREUD 1928-) parecen corresponderse con una caída de la escena como resultado del encuentro con el rechazo del Otro. De allí, tal vez, la insistencia con que Emil repetía que iba a quedarse (y que desde siempre estaba) solo, y la búsqueda de una novia, la apelación al amor, como posible solución.

Un “gracioso” para una “complicada”

Retomamos entonces la diacronía del caso y, aun a riesgo de que nuestro relato se torne demasiado *repetitivo y perseverante*, los sucesivos intentos del joven Emil en el terreno del amor y su recorrido por distintas “versiones del amor”, versiones de la relación sexual que no hay (LACAN 1972-73), que el sujeto fue desplegando a lo largo del tratamiento.

En la misma sesión en que Emil relataba las vicisitudes de las vacaciones en casa de su madre, propone retomar la temática de “las nenas chiquitas y las chicas grandes”. Habíamos dejado, en un apartado anterior², al sujeto frente a la disyuntiva que plantea la asunción de una posición sexuada (“o bien una nena chiquita, o bien una novia”). Dice riendo Emil “soy un zarpado, un depravado, es ridículo besar a una nena chiquita, ¿cómo se me ocurrió?”.

Vuelve a hablar de Gimena, dice “ella me gusta, y es grande, pero si no le puedo dar un beso a la que me gusta, no sé si le tengo que dar un beso a una nena chiquita”. Luego pregunta “¿a las chicas les gustan los hombres musculosos?, ¿a las nenas les gustan los hombres grandes?... a veces son complicadas las mujeres”. Surgimiento de alguna falta en aquel Otro femenino consistente que no cesaba de rechazarlo; Otro que, en su completud, hacía que le retorne al sujeto su propia castración como rechazo y caída del campo del Otro. A partir de aquí Emil desplegará su pregunta por el deseo del Otro, se quejará de que “Gimena a veces me da bola y a veces no, está *un poco loca* creo” y po-

co a poco dejará de recurrir a la idea de las “nenas chiquitas” o de llamar a Delina frente a las “discriminaciones” de Gimena, “ideas” que insistían como modos de taponar la pregunta acerca de qué quiere el Otro, es decir, como modos de taponar la castración (la del Otro y la suya).

Se constatará en este aspecto un importante viraje en su posición subjetiva. Emil dirá “ya fue la nena chiquita... ahora voy a tener que besar directo a las chicas grandes”; relatará sus intentos de darle un beso a Gimena pero, frente a sus fracasos, ya no solamente se quejará de lo que el Otro no le da, sino que aparecerán sus propias dificultades para abordar al Otro sexo: “le quería dar un beso pero *me arrepentí, no sé cómo hacer* para darle un beso a Gimena, *nunca me animo* a preguntarle a una chica si gusta de mí”.

A partir de una posición diferente frente a la castración, Emil podrá desplegar su pregunta acerca de “¿cómo voy a hacer para volver a tener novia? las mujeres son complicadas...” y, tras quedarse reflexionando unos minutos, responde: “yo hago reír a la gente, soy *gracioso*... haciendo reír a la gente tal vez puedo encontrar a alguien, una novia... *es mejor ser gracioso que ser pervertido, ¿no?*”.

No dejemos de destacar aquí que el caso parece estar recorrido por la *pregunta por el ser* - “¿soy un pervertido?, ¿soy un abusador?”- y las distintas maneras en que el sujeto responde anticipadamente la pregunta; pregunta que, en este momento del tratamiento, parece formularse así: *¿cómo ser un hombre que aborda a una mujer?* Es decir, Emil se enfrenta a la misma pregunta a la cual

necesariamente se enfrenta todo hombre (o, al menos, aquellos que se avienen a pasar por la experiencia analítica), pregunta por el ser frente a la cual no hay significativo en el Otro que brinde una respuesta.

Mediante la ocurrencia de “ser gracioso”, Emil encuentra otros recursos para hacer frente a un Otro ahora barrado, atravesado por una falta (“complicadas”, “un poco loca”), pudiendo servirse de la ausencia de respuesta acerca de qué quiere el Otro y ofreciendo una respuesta posible como resultado de su propia invención (recordemos que, a diferencia de “gracioso”, el significativo “pervertido” había sido tomado prácticamente sin mediación del discurso materno).

El pasaje de las “nenas chiquitas” y la “Muñeca” a las “mujeres complicadas” y “un poco locas” (como significantes que nominan al Otro) resulta correlativo del pasaje de “pervertido” a “gracioso” (como significantes que nominan al sujeto), sustitución significativa que determina al sujeto:

Complicadas/Locas → Gracioso
Muñeca/Nenas chiquitas (Pervertido)

A partir de aquí Emil comenzará a relatar en sesión, junto a sus intentos “frustrados” de besar a Gimena, las bromas y chistes que se le ocurre hacerle y que, gracias al saber-hacer de Emil en este terreno, provocarán por añadidura más de una sonrisa en el resto de sus compañeros y en los profesionales que trabajan con él.

De las nenas grandes al “nudo” de las mujeres complicadas

En paralelo al relato de sus encuentros y desencuentros con Gimena, y al pasaje de la queja frente al rechazo del Otro a la pregunta de por qué le cuesta animarse a abordar a una mujer que le gusta, Emil dejará de llamar a Delfina: “pensé en no llamarla nunca más”. Así, se asistirá en las sesiones al relato de los progresivos “avances” de Emil en su acercamiento a una mujer “complicada”: “le regalé un dibujo a Gimena, tenía miedo que tirara mi dibujo, después *me animé* a dárselo”.

En efecto, unas semanas después Emil concurrirá contento a sesión: “ayer le di piquitos a Gimena... eso estuvo bueno, era lo que estaba esperando... *me animé*”. Dice que “con Gimena *no fue igual* que como fue con María”. Hace hincapié en las *diferencias* entre Gimena por un lado, y María y Delfina por otro lado; afirma que a él le gustaría que con Gimena “las cosas sean *iguales*” que con María. En efecto, a diferencia de su anterior encuentro con María (en el cual Emil había ocupado, como hemos destacado, una posición pasiva frente a ella, que también parecía jugarse en su posición frente al rechazo de Delfina) en esta ocasión Emil “se animó” a intentar besar a Gimena, aceptando no sin dificultades la posibilidad de ser rechazado (“discriminado”, en términos de Emil) y, también, la posibilidad de encontrarse con la *diferencia*, vale decir, con la castración.

Encuentro del cual el sujeto no saldrá indemne: en una entrevista posterior, Emil dirá “algún problema debe haber, porque a veces Gimena me besa y a veces parece que no me soporta... le

dije que si me discrimina mucho me puedo descomponer y agarrar crisis” (en referencia a las convulsiones). Una vez más, las convulsiones quedan asociadas al rechazo del Otro. Al preguntarle por esto, responde “cuando a un chico lo discriminan mucho se puede sentir muy mal, angustiado, se puede sentir feo”. El analista señala, entonces, la *diferencia* entre “sentirse mal, angustiado, feo” y convulsionar; “ah, se puede estar angustiado sin que te agarren crisis” dice Emil.

En la sesión siguiente, Emil comenzará relatando lo que él llama “un sueño trágico”: “mi papá me decía ‘*cuando tus padres mueran vas a poder hacer lo que quieras*’, eso fue terrible, trágico”. En efecto, ¿no es de esto de lo que se trata en la tragedia edípica: del padre en el lugar de perturbador de los deseos del niño? Al preguntársele qué era lo terrible, lo trágico, dice Emil “*tener que esperar a que tus padres se mueran*”; agregaríamos ahora nosotros: “*tener que desear que tus padres mueran*”. Luego Emil vuelve a relatar las “complicaciones” de su vínculo con Gimena, dirá que quiere llamar a Delfina “para solucionar todos los problemas que tengo con Gimena, que se peleen por mí o por ver quién es la más linda de las dos”. Se destaca entonces en el discurso de Emil la oposición entre Delfina (Muñeca idealizada) y Gimena (mujer complicada); frente a las dificultades con ésta última, con el Otro sexo, que parecen implicar un retorno de Delfina, lo primero que se le ocurre a Emil es evitar la elección y trasladarle al Otro “la solución”: que ellas se peleen por él y resuelvan el conflicto.

Sin embargo, en la sesión siguiente a Emil se le ocurre otro modo posible de solucionar los “problemas” con Gimena, en la línea de su invención: dice “como no quiere volver a darme el piquito, le voy a proponer un *trueque*: como ella me dijo que yo la hago reír, le voy a decir que yo le cuento chistes si ella me da un beso”. “Ser gracioso” resulta entonces un modo de nominación que parece operar a su vez brindándole un atributo fálico en la medida en que hace deseable al sujeto y funciona en el *intercambio* (“trueque”) con el Otro sexo.

Sin embargo Emil se encontrará con que el falo no agota los “problemas” que supone el desencuentro entre los sexos, la no relación sexual. Tras decir que soñó con Gimena y con Delfina, Emil dirá “Delfina no me quiere y no quiso darme el beso; a Gimena le gustan mis chistes, *me quiere pero no quiere darme el beso... ¿cómo es eso?* Las mujeres son difíciles, son complicadas... *¿cómo se soluciona el nudo?* Porque es un nudo eso”. Al relatar que le habían regalado un MP3 para su cumpleaños, se quejará de que “es muy complicado, es muy difícil, *es complicado para entender cómo usarlo... es tan complicado como besar a una mujer*” dice Emil riendo, y haciendo reír a su analista.

La similitud y la diferencia, lo Uno y lo Múltiple

A partir de aquí Emil retomará la temática de “las diferencias y similitudes” entre Gimena y Delfina. Dice “Gimena a veces no me ignora y a veces me ignora, y me saca el beso, Delfina es una cosa *parecida pero diferente...* Delfina no me ignora igual que Gimena, es un modo dife-

rente de ignorar, Gimena *me toma el pelo*". En la sesión siguiente relatará un sueño: "unos chorros me estaban robando unos muñecos, me sacaban cosas, me estaban *tomando el pelo*".

No hizo falta la intervención del analista para que Emil agregue: "¡ah, me toman el pelo, como Gimena!"; "y te roban tus muñecos", intervino el analista. Emil dirá "¿vos decís por Delfina, mi muñeca? Sí, hace tres años que no la invito a mi cumpleaños... ¿viste que hay chicas a las que uno llama y ellas no llaman? Yo ahora no la llamo...".

El trabajo sobre las similitudes y diferencias entre Gimena y Delfina desembocará en un sueño:

"*Soñé con Gimena*", comenzó la sesión Emil, "como si hubieran dos Gimenas gemelas, bah en realidad eran tres... eran iguales, una era Gimena, otra se llamaba Yanina Priscila González y la otra Romina Marcela Giménez... como eran tres, no sabía cuál era Gimena, cuál Yanina y cuál Romina. Me estaba volviendo loco, iguales pero con distintos nombres".

Al preguntársele por los nombres de las "gemelas" (que, desde luego, hemos modificado en nuestro relato) Emil dice que él tenía una compañera de otra escuela que le gustaba que se llamaba "Yanina González", otra compañera que se llamaba "Priscila", que "Romina" es el segundo nombre de Gimena, respecto de Marcela dice "me acordé que había una profesora de otro colegio que se llamaba Marcela, era linda" y que "Giménez se me ocurrió a mí así como así, para identificar a las Gimenas, sino no sabía cuál era cuál, para no marearme, habría que hacerles una marquita para

saber cuál es cuál". Luego asocia que a él le gustaría "*hacer gemelas de Gimena para que nadie me la pueda sacar, si alguien me la quiere sacar le doy una de las gemelas*". Inmediatamente se le ocurre "*hacer tres Emil gemelos para cada una de las Gimenas gemelas... entonces tendrían que haber tres psicólogos para cada gemelo, habría que hacer gemelos de vos... imaginate si vienen los tres Emil al consultorio... ¿y si cada uno de los clones es clonado? No termina nunca*". Finalmente, recuerda una escena de Harry Potter donde el personaje principal toma una pócima y "*se multiplica, como clones... entonces como no veo a Gimena hace mucho, puedo tomar esa poción y van a aparecer muchos Emil y entonces la voy a poder ver*".

Quisiéramos destacar algunos elementos del sueño, que fue trabajado durante varias sesiones subsiguientes. El *desig-* *nio* del sueño parece ser el de hacer presente a Gimena, que en ese momento se encontraba ausente por vacaciones; como *restos diurnos* Emil dice que en los días previos "estuve pensando mucho en Gimena, la extraño". Asimismo, aparece claramente en la relación de Gimena y sus gemelas el trabajo previo que Emil venía haciendo en su análisis en torno a las similitudes y diferencias: el sueño parece decir que, en la continuidad sin diferencias en lo real, es el *nombre*, la *marca*, lo que introduce la diferencia. Lo Uno del significante introduce la distinción de lo Múltiple. En cuanto a la elección de los nombres de las gemelas, vemos operar en el trabajo del sueño el mecanismo de la condensación (entonces, *la metáfora*): distintas

mujeres de mayor o menor importancia en la historia de Emil resultan condensadas en la persona de Gimena (“todos los caminos conducen a Una”, parece decir el sueño), que a su vez se ve multiplicada, clonada, repetida, como recurso frente a la posibilidad de perderla. El sueño parece traducir el *deseo* de hacer de las múltiples Una (¿y qué otra cosa es Amor, *Eros*, sino hacer de lo múltiple uno?), al-menos-una, que venga a detener la serie de infinitas multiplicaciones y repeticiones dado que, una vez multiplicada Gimena, Emil mismo y su psicólogo se ven multiplicados *ad infinitum*.

Una “rareza” en la genealogía

Acercándonos al final del tratamiento, Emil abandonará momentáneamente la temática de las mujeres. Relata una pelea con su padre en una visita del fin de semana, tras la cual sobrevino una convulsión. Al intentar relatar el episodio de la pelea con su padre presenta claras dificultades de *memoria*, simplemente se queja de su padre y se posiciona como víctima de sus maltratos; cuando se le pregunta por su participación en dicha pelea, se queja de que “*me olvido, me trabo*”, y desviando la temática de la conversación dice que “*me cuesta memorizar los nombres de los profesionales que me atienden, y sus profesiones*”.

Recordando la prodigiosa memoria de Emil en los inicios del tratamiento (cuando relataba los nombres y apellidos, teléfonos y direcciones, de compañeros de colegio a quienes no veía hace años), pero no sin olvidar que las “trabas” del pensamiento y ciertas dificultades de memoria son propias del cuadro

epiléptico (EY y otros 1994), le digo a Emil que al parecer hay algunas cosas que *no puede* recordar pero hay otras cosas que *no quiere* recordar, tras lo cual corto la sesión.

Como efecto de esta intervención, dirá Emil en la sesión siguiente: “ahora *me acordé* por qué se enojó mi viejo, *yo le pegué* con una bolsa de supermercado porque me dijo que no podía estar todo el día jugando con la *play*”. Luego comienza a brindar distintos recuerdos acerca de sus abuelos y tíos, su relato se torna confuso en cuanto a los nombres de sus familiares, de modo que le propongo ponerlos por escrito; se muestra entusiasmado por esto, propone armar un árbol genealógico.

Comienza escribiendo su nombre y el de su hermano, así como el de sus primos. Al pasar a la generación anterior, escribe los nombres de sus padres y tíos. Al llegar al “piso” de los abuelos, tras escribir el nombre de sus abuelas paterna y materna, *se traba*; le pregunto qué sucedió, Emil responde: “*el papá de mi papá es también el papá de mi mamá*”. Escribe el nombre de su *único* abuelo en el lugar de padre de su padre y de padre de su madre, dice “qué raro, ¿no?”. Le señalo, sorprendido, que entonces su papá y su mamá son... hermanos. Emil se muestra sorprendido, permanece unos segundos en silencio y luego me corrige: “son medio hermanos, qué raro, ¿no?”. Medita unos segundos en silencio, tras lo cual dice, riendo y al parecer en tono de broma: “mi papá y mi mamá son *medio* hermanos... ¿o sea que antes de casarse eran hermanos, *cuando se casaron dejaron de ser hermanos*, y cuando se separa-

ron volvieron a ser hermanos?”. “Medio hermanos”, entonces, en el discurso del sujeto parece referirse no sólo a que sus padres compartían un solo progenitor, sino también a que sus padres al casarse dejarían de ser hermanos (no todo hermanos, por así decir) para pasar a ser “esposos”. Idea mediante la cual el sujeto parece intentar conciliar la *prohibición del incesto* (operante, entonces, para él) con el *raro* casamiento de sus padres, que surge en su *recuerdo* tras más de dos años de tratamiento. Unas semanas después, Emil se mostrará contento de haber podido *memorizar* con su fonocasióloga los nombres de los profesionales con quienes se atiende.

De la finalización del tratamiento: la larga travesía de “pervertido” a “pollerudo”

Tras continuar relatando las idas y venidas en su relación con Gimena, un nuevo significativo surgirá en el discurso de Emil para nominar su relación con el Otro sexo: “hoy no fui a la plaza”, dice, “porque me quedé por Gimena... fue por *pollerudo*”. Dice que Gimena no quería ir a la plaza y que él para quedarse con ella tampoco fue, a pesar de que le gusta ir a la plaza. A esto nomina como “ser pollerudo”. Inmediatamente afirma que el día anterior, tras una visita a la casa de su padre, “empezó el *dolor de cabeza*” (“pero no convulsioné”, agrega con cierto orgullo) y luego dice “pero yo no fui a la plaza por el dolor de cabeza, *no para quedarme con Gimena*”. Al señalarle que recién acababa de decir que no fue a la plaza para quedarse con Gimena, responde “tal vez *apro-*

vecho el dolor de cabeza”.

A partir de aquí seguirán una serie de sesiones en las cuales Emil volverá a hablar de los dolores de cabeza y de las convulsiones. Como resultado de este trabajo, termina concluyendo: “a veces no sé cuándo me van a agarrar las convulsiones, y a veces sí”. Modo en que, en nuestro parecer, el propio sujeto distingue entre por un lado la determinación orgánica y neurológica de las convulsiones, y por otro lado el sentido que él les aporta, la respuesta subjetiva frente a las mismas (FREUD 1928, 179) o, en sus términos, el modo en que las “aprovecha”.

Llegamos entonces al último mes del tratamiento, que por motivos “administrativos” se vería interrumpido nuevamente³, esta vez de modo definitivo: tanto Emil como su analista se enteraron de la decisión de la Dirección del Centro de cerrar el dispositivo del Hogar, motivo por el cual Emil sería derivado a otro Hogar. Emil se enojará frente a esta decisión, dirá que no quiere irse y retomará en las últimas sesiones el trabajo realizado en su análisis hasta ese momento.

Este trabajo, creemos, le permitió a Emil sacar algunas “conclusiones” respecto a su posición frente a las mujeres en general: Emil se pregunta “ahora que me voy, ¿la voy a llamar a Gimena como la llamaba a Delfina?, ¿me va a pasar lo mismo con Gimena?”, “¿por qué siempre quedo tan enganchado con las mujeres?”. Propone que “tal vez sea porque soy muy *mujeriego*” (lo cual define como “alguien que está siempre con las mujeres”) “y *pollerudo*”.

Señalemos que “pollerudo”, aun indi-

cando cierta posición de pasividad frente a las mujeres, al encadenarse con “mujeriego” contrasta con los modos en que anteriormente se nombraba Emil. “Pollerudo”, “mujeriego” y, como señalamos antes, “gracioso”, parecen operar como significantes que, tras tres años de análisis, parecen determinar su posición actual respecto del Otro sexo, brindándole al sujeto otros recursos y por así decir mayor “movilidad” en sus relaciones con las mujeres, en oposición a la fijeza con que “pervertido” (tomado del discurso materno) insistía en el inicio del tratamiento y que dejaba al sujeto “condenado” a las nenas chiquitas y “angustiado” por no poder tener una novia, motivo por el cual consultó a éste analista.

Así, en el anteúltimo encuentro con su analista, hablando de las dificultades que implican para él ser un pollerudo, Emil me explicará: “se sabe lo que los hombres quieren [“cojer”, aclarará luego] pero *es imposible saber qué quieren las mujeres*”. Encuentro, hacia el final del tratamiento, con la castración, con una *imposibilidad*⁴. Pregunta por el deseo femenino desplegada durante su análisis y que, en la medida en que era taponada y respondida anticipadamente, coagulaba a un sujeto caído y aplastado en su alienación a los significantes de un Otro sostenido sin ninguna falta. Llegamos así a la última entrevista y, también, al final de nuestro relato. Emil dice estar “triste” por irse, y cuenta que se “animó” a “darle un piquito” a Gimena cuando se despidieron. Le señalo los cambios producidos por él durante el tratamiento y le indico que ese trabajo fue suyo y que puede continuarlo con

otro analista. Emil me responde: “seguro que si me cambio de hogar *se me va a ir la historia de pollerudo... si sigo siendo un pollerudo cagué*”; luego agrega, un tanto teatralmente: “*ser o no ser... un pollerudo, con quien sea*”.

Un final, entonces, y un nuevo comienzo.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

BREURER, J. y FREUD, S. (1893-95), "Estudios sobre la histeria". En *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1986, vol. II.

EY, H., BERNARD, P., BRISSET, Ch. (1994), *Tratado de psiquiatría*, 8º ed., Barcelona, Masson, 1994.

FREUD, S. (1888a), "Histeria". En *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1986, vol. I, 42-63.

FREUD, S. (1888b), "Histereoepilepsia". En *Obras Completas*, Op. Cit. vol. I, 64-65.

FREUD, S. (1892-94), "Prólogo y notas de la traducción de J. M. Charcot, *Lecons du mardi de la Salpetriere (1887-88)*". En *Obras Completas*, Op. Cit. vol. I, 163-190.

FREUD, S. (1909a), "Apreciaciones generales sobre el ataque histérico". En *Obras Completas*, Op. Cit. vol. IX, 203-212.

FREUD, S. (1909b), "Análisis de la fobia de un niño de cinco años". En *Obras Completas*, Op. Cit. vol. X, 1-118.

FREUD, S. (1928), "Dostoievski y el parricidio". En *Obras Completas*, Op. Cit. vol. XXI, 171-194.

FREUD, S. (1933), "33º Conferencia. La feminidad". En *Obras Completas*, Op. Cit. vol. XXII, 104-125.

FREUD, S. (1956[1886]), "Informe sobre mis estudios en París y Berlín". En *Obras Completas*, Op. Cit., vol. I, 1-16.

GODOY, C. (2013), "El síntoma, el sentido y lo real en el último período de la enseñanza de Lacan (1971-1981)", Proyecto UBACyT 2014-2017 20020130100144BA, inédito.

KAPLAN, H., SADOCK, B.J., y cols. (1996a), "Epilepsias", en *Sinopsis de psiquiatría*, Madrid, Editorial Médica Panamericana, 1996.

KAPLAN, H., SADOCK, B.J., y cols. (1996b), *Manual de Psiquiatría de urgencias*, Madrid, Editorial Médica Panamericana, 1996.

LACAN, J. (1946), "Acerca de la causalidad psíquica". En *Escritos 1*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, 142-183.

LACAN, J. (1972-73), *El Seminario. Libro 20. Aun*, Buenos Aires, Paidós, 2007.

ROSENSTEIN, M. y THOMSON, A. (2004), "Epilepsias", en *Temas de diagnóstico diferencial*, Ficha de la Cátedra II de Psicopatología (Facultad de Psicología, UBA), inédito.

NOTAS

¹A modo de homenaje a Emil Sinclair, famoso personaje de Herman Hesse.

²Cf. *supra*, "De un duelo un poco 'pervertido'".

³Cf. *supra*, apartado "El buzo de la angustia".

⁴Y, cabe agregar, con aquella misma imposibilidad con la que se había encontrado Freud (1933, 108).

RESEÑA CURRICULAR DEL AUTOR

Lic. en Psicología, Universidad de Buenos Aires. Psicoanalista. Docente de la Cátedra II de Psicopatología (F. Schejtman), Facultad de Psicología, UBA. Docente de la Práctica Profesional "El sujeto en la clínica - vicisitudes y obstáculos" (G. Aksman), Facultad de Psicología, UBA.

Miembro del equipo de investigación UBACyT, "El síntoma, el sentido y lo real en el último período de la enseñanza de Lacan (1971-1981)".

E-Mail: dariochar@gmail.com